



Alberto González Varela

A DON ENRIQUE FINOCHIETTO UN APÓSTOL DE LA CIRUGÍA (Crónica)

El presente trabajo tiene como principal objetivo, llegar a las nuevas generaciones de profesionales y estudiantes de medicina, para hacerles conocer, a grandes rasgos, la vida del gran maestro, Don Enrique Finochietto (1881 - 1948), admirable renovador de la cirugía en todos sus planos y a su vez, un Hombre de muy elevadas virtudes éticas y morales.

Para evocar tan ilustre figura, y con el mayor respeto por los lectores, me tomaré la licencia de llamarlo "Don Enrique". En primer término, porque en la antigüedad, "Don" era un título honorífico que se otorgaba solamente a los "elegidos". Y segundo, porque de esa misma manera solían llamarlo los contemporáneos de su tiempo. Estoy plenamente convencido que otros colegas podrían con más erudición que yo, hablar de esta ilustre figura. Pero ocurre que siento en lo más profundo de mi corazón un intenso y noble sentimiento de amor y gratitud, hacia este incomparable maestro, cuyos ejemplos de sabiduría tanto humana como profesional, marcaron definitivamente mi vida. Don Enrique, para mi, fue un inigualable referente.

Poseía Don Enrique una privilegiada mesura y sobriedad en los procedimientos quirúrgicos y una extrema delicadeza, para inculcar a su discípulos, los códigos fundamentales de tan compleja disciplina. En su alma imperó siempre una elevada ética la cual, en verdad, se tradujo en una milagrosa estética, tanto en lo bello como en lo

noble. En una palabra, la dignidad del Hombre y las virtudes del Profesional siempre vivieron en permanente comunión, y quienes tuvimos el privilegio de estar muy cerca de él, podemos dar testimonio de esta maravillosa simbiosis. Su medio de enseñanza, su arma de defensa, su modo de aplaudir un acierto o de corregir un error, era el silencio. Pero un silencio que no solía pasar "**desapercibido**", un silencio que llegaba con nitidez, respeto y cariño. A título ilustrativo, cabe mencionar que un parecido proceder con esta conducta, tenía nuestro premio Nobel Luis Federico Leloir. También este prominente valor de la ciencia, hacía de la parquedad un verdadero culto. Para sustentar lo precedente sobre la destreza quirúrgica de la figura a la cual me refiero, relataré una anécdota del gran cirujano inglés Lord Berkley George Moynihan, quien después de haber asistido en el Hospital Rawson en el año 1946 a operaciones de estómago realizadas por Don Enrique, llegó a expresar en los más altos niveles de la Medicina de Londres: ... "*si yo tuviera que operarme de estómago, viajaría a Buenos Aires para hacerme intervenir por el Dr. Enrique Finochietto...*". Además, el gran cirujano Francés René Leriche manifestaba siempre su admiración por los valores que adornaban la figura de este genio del bisturí. Lo precedente ensambla a la perfección con un concepto de su hermano Ricardo, quien luego de sorprenderse por una compleja operación de cerebro realizada por Don Enrique, tradujo su admiración calificándolo, a partir de ese momento, como "**El Divino**".

Antecesores

No sería justo, si en esta nota omitiera recordar a aquellos prominentes médicos que lo antecedieron, transmitiéndoles sus conocimientos que dieron sustento a su formación, tanto ética como científica. Entre ellos, el Dr. Andrés F. Llobet, fundador de la Escuela Quirúrgica y renovador de la incipiente cirugía Argentina a fines del siglo XIX. Además, los Académicos David Prando y Marcelino Herrera Vegas, como también, su condiscípulo Pedro Chutro, quienes en esos tiempos ya se destacaban como médicos y, además, estaban en contacto con los grandes Centros Científicos del Mundo.

En 1907, viaja a Europa para completar su formación teórica-práctica. Permanece durante muchos años en los más calificados Centros de Medicina y aprende de prominentes Profesionales las técnicas de cirugía, ortopedia y anestesia raquídea que le sirvieron para promover cambios fundamentales, hasta diría revolucionarios, en la incipiente ciencia que por esos tiempos se desarrollaba en nuestro país. Luego continuó con sus viajes hasta completar un formidable arsenal de conocimientos, que con toda generosidad y maestría fue volcando a sus discípulos en el emblemático Hospital Guillermo Rawson.

La segunda guerra mundial lo sorprende en Europa. En Francia asume la Jefatura del Hospital Argentino de París. Y en él trabaja duramente en momentos tan difíciles, luchando por salvar las vidas de un sinnúmero de combatientes que llegaban gravemente heridos del frente de batalla. Por su labor tan meritoria, el Hospital pasa a ser considerado como el de mayor prioridad para el tratamiento de los casos graves e se lo califica como una de las primeras Instituciones Sanitarias del Gobierno Militar de París. Tan eficiente habrá sido su tarea, que finalizada la guerra, a solicitud de las Autoridades de Francia, permanece durante un largo período prestando sus invalorable servicios en el Hospital. Y por sus bien aquilatados méritos, el Gobierno Francés, decide otorgarle la distinción reservada exclusivamente a prominentes figuras: **LA MEDALLA DE ORO DE OFICIAL DE LA LEGION DE HONOR.**

Perfeccionamiento

Su afán de perfeccionamiento (luego de esta enriquecedora experiencia, que no solamente lo enaltecía a él, sino a la Argentina toda) lo lleva a viajar a Estados Unidos siempre con el mismo objetivo: acrecentar conocimientos para ponerlos a servicio de ese apostolado que es la medicina. Una vez alcanzada esa meta ya en la Argentina comienza su generosa siembra, secundado por notables profesionales, cuya lista sería larga de enumerar y de hacerlo, podría caer en la injusticia de omitir a alguno de ellos.

Don Enrique fue un gran precursor de la anestesiología en nuestro medio, especialmente en el Hospital Rawson, al cual yo tuve el honor de pertenecer, primero como practicante y luego como médico anestesiólogo. En esos dorados tiempos, él me había confiado las anestésias. Y para un mayor perfeccionamiento me otorgó una beca para concurrir al Hospital Británico, donde el querido Dr. Leslie Cooper, toda una autoridad en la materia, me formó con maestría y solidez.

La Escuela que implementara el gran maestro y luego fuera continuada por otro grande, su hermano Ricardo, que a la postre sería su primer Jefe de Clínica, había puesto gran énfasis en la anestesia local infiltrativa, la que era aplicada por todos los médicos del servicio con sapiencia y seguridad, basados en las enseñanzas técnicas, anatómicas y quirúrgicas recibidas de Don Enrique. Él predicaba siempre con el ejemplo y decía parafraseando a Hipócrates: "*... Cura si puedes, alivia siempre y ayuda a bien morir, cuando caes impotente ante la muerte...*". El tiempo quiso que los anestesiólogos fuéramos, en parte, artífices de estas últimas palabras, en el tratamiento del dolor.

Gregorio Marañón solía decir: ... "*Cuando las palabras salen del corazón, llegan al corazón...*". ¿Por qué cito esta frase tan hermosa? Simplemente, porque un cabal intérprete de la misma era Don Enrique. **ÉL HABLABA CON EL CORAZÓN, OPERABA DE CORAZÓN Y VIVIÓ OBEDECIENDO SIEMPRE LOS MANDATOS DE SU CORAZÓN.**

Pasados unos años y por una notable decantación del progreso en todos los ámbitos de la ciencia, la cirugía se volvió más compleja, lo que exigió perfeccionar las técnicas afines a la misma. La anestesia de ser un soporte casi secundario, cobró una relevante importancia, lo cual determinó la necesidad de que fuera aplicada por profesionales altamente especializados. Ello permitió otorgarle a la cirugía un significativo grado de seguridad, que finalmente culminó con la obtención de muy meritorios éxitos, imposibles de imaginar en décadas anteriores. Sustentado en esos logros, Don Enrique, como buen visionario, solía decir: ..."*La anestesia del futuro dependerá de la vía endovenosa...*". Y el devenir de los tiempos se encargó de demostrar lo cierto de su profecía.

El "boom" de la anestesia se extendió a Centros de Salud Privados y algunos Hospitalarios, de la mano de los Dres. José C. Delorme, Juan A. Nesi, Owen Elder, Leslie Cooper, Federico Wright e Ítalo Nunziata, entre otros. Los mencionados pioneros, fueron los fundadores de la 2ª. **Sociedad Argentina de Anestesiología** en 1945, y al año siguiente se convirtió en la **Asociación Argentina de Anestesiología**, lo cual resultó todo un hito en la historia de la medicina moderna, porque a partir de misma y sin jactancia alguna, la anestesia alcanzó los legítimos niveles que su importancia reclamaba en el campo de la cirugía.

Evaluación de riesgos

Finochietto sabía como nadie, la trascendencia de la anestesia en el acto quirúrgico. Por ello, nos aconsejó realizar ya en esos tiempos, lo que en la actualidad conocemos por la evaluación preanestésica. El paciente era sometido a un estudio completo semiológico,

más los exámenes de laboratorio, rayos, etc. La elección del tipo de anestesia y el riesgo anestésico quirúrgico eran evaluados minuciosamente con la participación directa de Don Enrique. Sin caer en exageración alguna, puedo afirmar que el gran maestro le daba a la anestesia una superlativa importancia. Tanto es así que en más de una oportunidad llegó a suspender operaciones, salvo casos de extrema urgencia, si por alguna eventualidad no podía concurrir a prestar mis servicios profesionales. Este hecho, ciertamente llegó a incomodar a algunos profesionales, pero con correr del tiempo se dieron cuenta, que el trasfondo de la actitud de Finochietto, era la valorización del rol de sus ayudantes en el acto quirúrgico. Lo mismo hizo con instrumentadoras y enfermeras. Para él, cada uno, independientemente de su función era una pieza fundamental para que la operación llegara a un final feliz.

En el período que va de 1940 y 1947 realizó complejas intervenciones, a las que se pueden calificar como de cirugías altamente riesgosas. Entre ellas, las llamadas comando de maxilar, las resecciones abdominoperineales y las esofágicas por neo con gastrectomía total que *"bajo la batuta de su arte y su destreza"*, garantizaban una gran cuota de confiabilidad. Sin embargo, las mismas, en más de una oportunidad sufrían la dehiscencia de las suturas, lo que fatalmente provocaba la muerte del paciente. Don Enrique ante la vista de la pieza anatómica, hacía reflexiones sobre la operación y con una no disimulada aflicción, utilizaba una expresión que pivotaba entre lo dramático y humorístico. Decía *"...Cará, ya encontraremos la manera de resolver este problema...* Esta manifestación, sacada del contexto donde él la pronunciaba, podía interpretarse como un estímulo para el perfeccionamiento de las técnicas quirúrgicas, con el fin de que los futuros pacientes afectados por la misma patología, gozaran de la seguridad de superar el problema con el mayor de los éxitos.

En la vida tan enriquecida de este eximio Maestro sucedieron tantas anécdotas que me llevaría llenar una muy vasta cantidad de cuartillas para poderlas relatar a todas. Sin embargo, me voy a detener en una que pinta de cuerpo entero su hombría de bien y su excelente sentido del humor. En 1944 cuando, vaya paradoja, celebraba sus 40 años de médico, la Municipalidad decidió arbitrariamente apropiarse del Laboratorio del Pabellón IX del Hospital Rawson. Dicho Laboratorio estaba equipado con los aparatos de biología, química y anatomía patológica más modernos y sofisticados de aquella época, fueron traídos al país desde EE.UU y Europa. Además, colaboraban con él especialistas extranjeros de gran nivel. Toda esta grande avanzada fue solventada económicamente, en gran parte, por Don Enrique. Por supuesto, la arbitraria medida lo golpeó muy hondo. Pero una vez más recurrió a la alquimia de su silencio, para hacer menos doloroso el trance. Los festejos por haber cumplido cuarenta años honrando su profesión de médico, culminaron con una gran cena llevada a cabo en los salones del Plaza Hotel y a la cual concurren prominentes figuras del quehacer nacional e internacional. En un tramo de las escaleras del Plaza se destacaba un llamativo ramo de flores, enviado por quien presidía, por ese entonces, la Intendencia de la Ciudad de Buenos Aires, un Tte. Coronel de apellido Caccia. Finochietto que, como expresara anteriormente, tenía un fino sentido del humor, al contemplar tan pomposo ramo, no pudo menos que preguntar: *"...¿Será esta una Cacciada...?"*

Dominio total

Retomando el tema de la cirugía, sería una obviedad de mi parte manifestar que dominaba todas las técnicas quirúrgicas: traumatología, urología, vías biliares, neurocirugía, cirugía torácica, plástica y de abdomen. Además, fue un adelantado en cirugía cardiovascular, que por aquellos tiempos se la consideraba como una temeraria e

incipiente especialidad. Sin embargo, haciendo gala de esa gran virtud que lo caracterizaba para adelantarse a los acontecimientos, un día dijo: **"...Cada especialidad debe estar en manos de un gran especializado..."**. Y el tiempo que actualmente transcurrimos se encarga cotidianamente de dar fiel testimonio de lo vaticinado en esa oportunidad por el gran Maestro.

Entonces, para poner en práctica su pensamiento, designó al Dr. Oscar Vaccarezza en cirugía torácica, quien junto al Dr. Jorge Viaggio fueron sus discípulos preferidos, y con el correr de los años llegaron a ser maestros de gran jerarquía. En Urología designó al Dr. Alberto E. García, un eminente profesional, al Dr. Juan Carlos Christensen en neurocirugía, al Dr. Alfredo Llambías en cirugía infantil, al Dr. Manuel Malenchini en radiología, al Dr. Luis Rúa en hemoterapia, al Dr. Estanislao Lluesma Uranga en cirugía simpática y al autor de l presente artículo, en Anestesiología.

Finochietto nunca improvisaba ni en el más mínimo de los detalles. Por ello, para completar la formación de los médicos del servicio, con frecuencia los hacía rotar por otros Hospitales para el intercambio de información, conociendo que la heterogeneidad es el medio más idóneo para el progreso, tanto humano, como profesional. Además, conocedor la importancia substancial que tiene la fisiología en nuestra profesión, enviaba a sus discípulos a especializarse con el Prof. Bernardo Houssay, para que les transmitiera sus elevados conocimientos, los que finalmente redundarían en beneficio de alcanzar una cirugía de muy alta calidad.

Tanto influía en él, el deseo del mejoramiento científico que llegó a convertir su casa particular en un Centro de estudio, investigación y experimentación con animales. Allí se dedicaba, junto a sus hermanos Ricardo y Miguel Ángel, a realizar todas las operaciones complejas del aparato digestivo y vías biliares, repitiéndolas muchas veces, antes de operar a sus pacientes. Para avalar lo precedente, solamente en 1941, cada uno de sus alumnos llegó a realizar más de 40 gastrectomías en perros.

Respecto a la anestesia, mi especialidad, junto al Dr. Viaggio incorporé la técnica de anestesia raquídea continua con aguja maleable, que con el correr del tiempo pudo ser mejorada, gracias a la aparición de la anestesia peridural y de los catéteres. Además, fuimos los primeros en el país en utilizar una droga que provenía de la "Flor de Ceibo" (Eritrina Cristagalli) que tenía propiedades miorelajantes. En la Argentina, la misma fue creada por el Dr. Dabadie, con el nombre de "Dabadil", pero presentaba la dificultad de generar una alta acción histamínica. Con el correr del tiempo aparecieron en el mercado la Intocostrina y el Tubo Curarina, entre otros, hasta llegar a los relajantes sintéticos que eran más efectivos.

El anesthesiólogo

De las tantas innovaciones que Don Enrique realizó en la cirugía, vale la pena hacer mención al importante papel que él le asignó al anesthesiólogo. En efecto, antes de la aparición de Finochietto, la actuación de aquel en una operación, se podría decir que ocupaba un lugar secundario. A partir del Maestro las cosas se revirtieron. El Profesional de la anestesia pasó a ocupar un rol protagónico muy importante. Tanto es así, que Don Enrique subordinaba el comienzo de la operación a la labor específica del Anesthesiólogo. Mencionaré textualmente sus palabras en el inicio de la anestesia. Dirigiéndose a él, le expresaba: **"...Tome su tiempo, eso es lo más importante, yo espero..."**

Cabe recordar un hecho que me marcó para toda la vida y me abrió nuevos caminos en esta compleja especialidad. El Dr. L. Cooper, mi maestro, fue durante largos años un Profesional de la más alta confianza de Finochietto. En cierta oportunidad, con la

nobleza que lo caracterizaba, le manifestó al Maestro: *"...El Dr. González Varela, nuestro común amigo, y a la vez su anestesiólogo en el Hospital, considero que está en condiciones de hacerse cargo de prestarle sus servicios también en el Sanatorio Podestá..."* Y desde aquel día, gracias a la generosidad de esta gran persona, yo acompañé a Don Enrique en su labor profesional en un Nosocomio que por esos tiempos gozaba de un elevado prestigio.

Los viernes de cada semana, era el día que el Maestro, había elegido para realizar el análisis de los casos difíciles o que carecían de un diagnóstico definitivo. Concurrían a la jornada notables Profesionales, quienes venían a escuchar sus conceptos tan medulares sobre las determinadas patologías que se ponían a consideración. Sus ya avanzados enfoques sobre la nueva cirugía, hicieron replantear ideas y procedimientos que por muchos años se mantuvieron, admítaseme el término, como inamovibles.

Además, para agrandar aún más su figura, considero importante destacar que su genio creador, no se acotaba solamente en una magistral intervención quirúrgica. También, los múltiples instrumentos quirúrgicos eran diseñados por el mismo, debido a los elevados conocimientos de ingeniería que poseía. Entre otros, puedo citar al separador intercostal utilizado en todo el mundo, la espátula para el bocio, el rectoscopio gigante, la cánula para vía endovenosa, la mesa quirúrgica eléctrica especial, el aspirador, el trépano para cráneo. Y también fue el primero que aplicó la aspiración en colecciones líquidas y drenajes, el frontolux tan útil y difundido, el constrictor cierra nudos, el estribo para fracturas de miembros y el quirotractor. Habría más para mencionar, pero considero que ya lo precedente es por demás probatorio para aquilatar su incomparable talento creativo.

Rápidos reflejos

Como anteriormente expresara, para mostrar las polifacéticas condiciones de este notable científico se necesitarían muchos renglones. Pero, no puedo dejar de narrar un hecho sucedido en una operación y que puso de relieve su dimensión de bondadosa persona. Durante una intervención quirúrgica en la cual el autor de esta nota era el encargado de suministrar la anestesia, y a la que asistieron prominentes cirujanos, inclusive de muchas partes del mundo, sucedió un hecho muy especial. Al inicio de la operación, Don Enrique les explicaba a los profesionales, los avances experimentados en la anestesiología, ya que las nuevas drogas al lograr dormir totalmente al paciente, lo liberaban de la angustia de ser partícipe, aunque en forma pasiva, del clima imperante en un quirófano. Y, además, permitían al cirujano trabajar con mayor libertad y seguridad. Yo tenía la convicción de que el paciente estaba totalmente dormido, pero imprevistamente se empieza a mover. De inmediato, Finochietto con una enorme serenidad disimula tan desagradable situación, y lo hace retomando los comentarios que anteriormente había hecho sobre la evolución de la anestesia, brindándome la oportunidad de regularizar el problema. Había sucedido que la aguja del goteo estaba tapada. Yo apelé a otros recursos que permitieron el reinicio de la operación, pero la respiración del paciente era estridulosa, del alta sonoridad y con intubación traqueal, imposible de realizar con el laringoscopio recto de Flag. A partir de ese momento, consideré a la administración de la anestesia deslucida y molesta por los ronquidos del paciente, aunque los parámetros se mantenían dentro de los niveles normales. Yo me sentía perturbado por mi actuación poco feliz, teniendo en cuenta la jerarquía científica de los asistentes a la operación. Al finalizar la misma, me acerqué a Don Enrique para intentar explicarle mi estado de ánimo en ese momento. Él con su bondad y delicadeza, me respondió textualmente con estos términos: *"...Esto que ha ocurrido, estimado Dr.*

no suele ser habitual en la administración de sus anestésicos. Pero, ¿sabe lo que ocurre? Situaciones como estas le suelen suceder solo a quienes siempre ponen mucho interés en su trabajo..."

Otras facetas

Es importante destacar también que este ilustre científico, poseía otras facetas muy interesantes. Por ejemplo, le gustaba pintar, y aprovechando sus horas libres, cuando viajaba a Europa visitaba sus grandes Museos, donde se exhibían las obras de los grandes referentes de la pintura. Ello lo llevó a convertir a su casa de Carlos Pellegrini y Paraguay, en un "Santuario Plástico". En la misma, podían verse y admirarse, entre otras, las obras de Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci que trascienden el paso implacable del tiempo.

Muchas cosas más podría decir de este gran hombre e incomparable cirujano, formador de notables médicos que dieron lustre y prestigio a la cirugía en la Argentina, logrando, con el transcurrir del tiempo, que su figura fuera reconocida y valorada en los estrados científicos más importantes del mundo.

Se fue de esta vida un mes de febrero de 1948, con la satisfacción de haber cumplido su obra con la mayor dignidad. Y para resumir todo el dolor que provocó su partida no sólo en el ámbito científico, sino también en el sentimiento del Pueblo, mencionaré una impactante frase que del Dr. Vaccarezza, uno de sus discípulos preferidos, pronunciara en su discurso al despedir sus restos: *"...Acaba de partir el Santo del Bisturí..."*

Pero me gustaría finalizar este artículo sin lutos ni tristezas. Simplemente relatando una anécdota alegre, llena de vida y amor que fueron siempre las constantes en la existencia de Don Enrique.

Transcurría el año 1924, y Don Enrique se encontraba una noche en el Cabaret El "Chantecler", disfrutando de otra de sus grandes devociones: El Tango. De pronto se le acerca el mozo que habitualmente atendía su mesa y le comenta: *"...Aquel mozo que Ud. puede ver en ese rincón, está llorando muy angustiado, porque le han dicho los facultativos que su esposa se va a morir esta noche por una enfermedad grave en el abdomen..."*. Don Enrique se dirige al Hombre, le da tranquilidad y le pide examinar a su esposa. Una vez que comprobó lo difícil del caso, de inmediato ordenó su internación en el Sanatorio Podestá, donde asumiendo todos los gastos y sin publicidad alguna, le salvó la vida.

El gran músico Julio De Caro, al enterarse de ese gesto tan conmovedor que el cirujano había tenido con ese preocupado trabajador, le dedicó el tango "Buen Amigo", que pasó a ser parte de la mitología de nuestra música ciudadana.

Ese, distinguido lectores, fue Enrique Finochietto, que como les expresara en uno de los párrafos precedentes de mi artículo: **HABLABA CON EL CORAZÓN, OPERABA DE CORAZÓN Y VIVIÓ SIEMPRE OBEDECIENDO LOS MANDATOS DE SU CORAZÓN.**

Dr. Alberto González Varela

**Museo y Biblioteca Histórica
de AAARBA**

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

